

LA NUEVA LEDA

A Jorge Lavalle Cobo.

LA NUEVA LEDA

-La tarde está linda, mamá; hoy no siento ninguna fatiga, no he tosido desde esta mañana. . . ¿Ves? Respiro muy bien, y creo que pronto estaré buena. Déjame ir á Palermo: no es día de corso y el paseo me pondrá mejor. . . te lo aseguro.

La madre contempló á la hija con su angustiada mirada de siempre, y un rayo de esperanza brilló en aquellos ojos. Sobre la demarcación terrosa del rostro de la joven, aparecía difundida una leve aurora; las pupilas tenían resplandores más intensos, y todo el semblante ostentaba inusitada animación, cual si en aquel organismo, corroído por la tisis, comenzara a realizarse una resurrección milagrosa.

El permiso fue concedido; y de la Avenida Alvear la victoria partió, al trote del vigoroso tronco. Recostada sobre los cojines del carruaje, Julia bebía con fruición el aire oxigenado de la gran calzada. Iba sola, y esto la contrariaba. Experimentaba la necesidad de hablar; una alegría secreta, cual fluído mágico, le circulaba por los nervios. Nunca se sintió en tan benéfica disposición moral; sus ideas tejían sueños luminosos, y su cuerpo impregnado de ese jocundo baño interno, se aligeraba, llenábase como de vida nueva, e imprimía a sus músculos agilidad y fuerza. . . . Sí, experimentaba la necesidad de hablar, de comunicarse con alguien, y lamentaba no llevar a su lado a alguna amiga. Pero carecía de amistades íntimas, hacía varios años. El mal se inició durante el paso peligroso de la infancia á la pubertad, y su manifestación más significativa fué una melancolía constante, que la retrajo de todo trato social. No se la veía desde la época en que, sana y fresca como las yemas primaverales, vertía en torno suyo el encanto de su inteligencia precoz y la gracia de su prometedora belleza. Así, atravesó en su victoria, inadvertida, por

entre los concurrentes de Palermo, y fue a situarse junto al lago, bajo la radiosa calma vespertina. . . .

Y en la tarde declinante, el lago esplendía como un espejo, en su quietud bruñida. Los árboles de la orilla lo circundaban, proyectando sus sombras en el agua hospedadora. Por intervalos, desprendíase alguna hoja seca, voltejeaba en el vacío, y descendía a posarse sobre la superficie temblorosa. De las avenidas inmediatas, sordos e intermitentes, llegaban el ruido de los carruajes, el rehilarse de las bicicletas, o el murmurio de las pisadas de los paseantes. Y la sensación de soledad del sitio, rota un momento, recobraba su imperio; y entonces, vibraba más claro y musicalmente el vuelo de la brisa entre el ramaje sonoro. Arriba, el cielo lucía incólume su azul, pálido como seda antigua; y en el horizonte, una gran nube de violeta episcopal, era como un suntuoso catafalco que la noche preparaba al sol.

De improviso, en un recodo del lago, muy cerca, surgieron dos cisnes; avanzaron, é inmovilizáronse luego sobre la onda trepidante. Parecían contemplar, con recogimiento meditabundo, la extenuación de la luz. Eran distintos: el uno blanco cual un copo de nieve virgen; y el otro negro como terciopelo funerario; ambos igualmente hermosos en sus opuestos plumajes. . . Julia los miraba desde su coche, en el que hacía unos minutos se tendía con languidez, pereroza, fatigada, mientras un secreto malestar, una vaga opresión, le acongojaba el pecho, tal como si una bomba neumática, lenta, furtivamente, le extrajera de los pulmones pequeñas dosis de aire. El cisne negro la entristecía, sin saber por qué; antojábasele un pájaro mortuario, y su pico teñido en sangre por algún acto cruel. En cambio, el blanco, al cual iban con más insistencia sus ojos, le traía al cerebro una visión lejana, cuando, años antes, viajaba con sus padres por Europa: un cuadro pictórico, visto no se acordaba dónde, en París, o en Roma, o en Florencia. En el cuadro, un soberbio cisne, de blancor lácteo, desplegaba amorosamente sus alas sobre el cuerpo desnudo de una mujer, cuyas carnaciones opulentas parecían bañadas en una luz blanca. El cuello del ave se estiraba hasta el rostro, y su pico posábase en la boca, audazmente, como ávido de beber la sonrisa de los labios entreabiertos. . . . aquel cuadro, mirado con indiferencia infantil, había persistido, por uno de tantos fenómenos cerebrales, en la memoria de la niña, y de su estado latente pasaba ahora a evocación activa, cristalizándose, lleno de revelaciones. . .

“¡ Qué dulzura suprema - pensaba Julia- la de esas alas sedosas, tibias, sobre la piel estremecida de la inspiradora del cuadro. ¡

A este punto, un escalofrío le recorrió el cuerpo como ráfaga glacial. La tarde, sin duda, se enfriaba. Arrebujóse en el abrigo, puesto en el coche por la previsión materna, y volvió a recostarse sobre los cojines. La fatiga le aumentaba; crecía el secreto malestar de su pecho. Intentó retirarse, mas la detuvo el pensamiento de que si allí, en aquel paraje despejado, el aire le era esquivo, peor le sería en cualquiera otra parte. Sin embargo, y a pesar del abrigo, un escalofrío más recio le frotó de nuevo la epidermis, sacudiéndola toda. Sutiles corrientes de hielo deslizábanse ahora en la circulación de su sangre. Los oídos le zumbaban. Por el rudo latir de las sienas adivinaba que la cabeza le dolía, que le dolía violentamente; empero, el dolor escapaba a su percepción mental, le era insensible. Y la ligereza fluída de su carne, en vez de aminorar, progresaba, prestándole la ilusión de ser ya un elemento etéreo. . . Súbito, el paisaje se nubló; los seres y las cosas circundantes palidecieron, perdiendo sus perfiles y contornos. Luego se borrarón, se disiparon, se extinguieron y ante sus ojos sólo quedó flotando una gruesa bruma gris.

En verdad, aquello era anormal. Así lo comprendió Julia. Dióse también cuenta de que en ella moraba la causa, de que había recrudecido su enfermedad, de que se hallaba, tal vez, muy grave. Convino, de modo cabal, en lo urgente de su regreso a la casa; y trató de incorporarse para dar al cochero la orden. Pero dominaba su voluntad una inercia imperiosa, y su pensamiento permaneció incapaz de exteriorizarse. Y no pudiendo abandonar su actitud, inapta a toda acción física, cerró, resignada, los ojos, al peso insostenible de los párpados. . . Entonces, al través de ellos - cual si fueran substancia translúcida - vió operarse una como representación teatral, en la que, a un tiempo, ella actuaba y presenciaba, siendo, por tal virtud, la espectadora de sí misma.

En su casta desnudez, semejante a una flor cándida, Julia se mecía sobre el lago. El agua era templada; pero a ratos, colábanse por entre ella hilos finísimos de un líquido más denso, un líquido congelante, a cuyo roce el cuerpo le tiritaba con temblores espasmódicos. El firmamento, velado por nubes caliginosas, era una lámina de plomo; y sobre ese fondo, sombríamente gris, en el cenit, un sol

enorme, nívco, como de plata fundida, flameaba. La hoguera meridiana encendía la atmósfera; y ésta, bochornosa y rarefacta, producía en jadeos sofocados.

En torno suyo, distante, un cisne blanco trazaba círculos centripetos. Verificaba la aproximación despacio, en silencio. A medida que se acercaba, engrandecía, abriantándose su blancura hasta despedir reflejos deslumbradores. Ya junto a ella, gigantesco, irradió un calor húmedo, y la envolvió en él, provocándole una transpiración copiosa. En seguida le rozó el cutis con la felpa del plumón; el pico le cosquilleó en los labios, y las alas tendiéronse y empezaron a abanicarla rítmicamente. . . Pero todos estos contactos no la deleitaban, ni le eran siquiera inofensivos; antes bien, causábanle agudos martirios. El plumón tenía la frialdad cáustica de la nieve; sobre su boca el pico imitaba una ventosa que le sorbía, poco a poco, con tenacidad implacable, la respiración; y el aire, removido por aquel inmenso abanico, carecía de frescura, tornándose, al contrario, en una especie de gas, cada vez más asfixiante. Y el terrible pájaro gravitaba, ya por entero, en sus miembros paralizados, con peso abrumador. Y le fue odioso, infinitamente odioso; y como su cuello curvo serpenteaba sin cesar delante de los ojos de ella - de nuevo abiertos, casi exorbitados - alargó los brazos para asírsele; para, a su turno, asfixiarlo, estrangulándolo, y de esta suerte cobrarle todo su sufrimiento. . . .

La extraña dualidad que poseía le permitió verse: sus manos se agitaban en el espacio, persiguiendo, en pugna encarnizada, el cuello del cisne. Y aquel cuello serpentino la chasqueaba, siempre, evadiéndose de los dedos con vertiginosa rapidez, en una burla abominable, en un zigzaguear tormentoso. La lucha duró unos minutos; al fin cansada abatió los brazos, recuperándola su inercia. Y para salvarse, al menos, de la visión de esa víbora blanca - la cual, después de oscilar burlona ante su vista, reanudaba en los labios la horrible succión del aliento - convirtió los ojos a lo alto. El cielo presentaba una modificación siniestra: tenía ahora el tinte de un terciopelo fúnebre. Y sobre aquella techumbre fatídica, fijo aún en el cenit, el sol se había trocado en una esfera roja, de un rojo sangriento y opaco. También la actitud de ella en el lago era diferente: hallábase en pie, rígida, encima del agua, que la soportaba y retenía como una imantada superficie sólida. Y así, erguida, el malestar interno seguía

su labor torturadora, duplicado, mientras fuera las alas continuaban abanicándola, removiendo, transmutando el aire, enviéndoselo en ondas crecientes de gas asfixiador. Y sobre su carne convulsiva el contacto del plumón era más frío.

Un brusco dolor en el pecho, un dolor atroz, destrozante como una mordedura la obligó a bajar los ojos. Y su espanto no tuvo límites. El monstruoso pájaro le horadaba el pecho, arrancándole pedazos de carne viva. . . La miraba agresivo dardeándola con sus pupilas fosfóreas en centelleos malignos. Luego, el pico volvió a penetrarle por el seno izquierdo, taladrándose, y empezó, dentro, a hurgarle en el pulmón, a mordérselo, a desgarrárselo, deshilachándose fibra por fibra con parsimonia feroz. El suplicio de ella era horroroso, y lo acrecentaba hasta lo imponderable su tiránica inercia. . . .

Ya se creía condenada irredimible de aquella tortura, cuando he ahí que un tercer actor intervino, surgiendo, de repente, entre ambos. Era un cisne negro, gigantesco también, de lustroso pico escarlata, de plumaje aterciopelado, de aspecto, a la vez, lúgubre y espléndido. Y a su presencia, el blanco retrocedió, se alejó, huyó veloz, evaporándose en la penumbra reinante. . . “Este viene a seguir más cruelmente la obra del otro” - se dijo Julia, desesperada. Pero ¡oh prodigio! el negro cisne la estaba contemplando benigno, con ojos cariñosos, con ojos maternos con ojos de una infinita dulcedumbre. Y sus alas se abrieron, y la arroparon, tibias, sedosas, acariciantes. Y aquella comunión de sus cuerpos, infiltraba en el de Julia un bienestar inefable: le anesthesiaba el pecho, se lo untaba como de un bálsamo maravilloso, y le desvanecía todos los dolores, todas las angustias, todos los tormentos. . . En tanto, no se apartaban de los suyos los ojos del ave, llenos de no sabía qué ultraterrena ternura. Después, el pico la besó en la boca. . . y Julia sintió que deliciosamente se dormía.

Fue el beso piadoso de la muerte.

**CUENTOS PUBLICADOS ANTES
DE LA EDICION DE HORAS LEJANAS**

ACUARELA

ACUARELA

Tarde.-

Cae el sol a su ocaso; cae pausadamente, sangrando como un dios herido; y, a medida que se oculta, se tiñe en occidente de sangre luminosa el firmamento por el cual vanse extendiendo tonos de rubí, de púrpura, de oro quemado, de rosa pálido, de violeta y de violeta desvanecido, que se esfumina cerca de oriente en un azul puro, terso, como de zafiro, como de raso intacto y diáfano.

La campiña, retoñante por las recientes lluvias, salpica a trechos de árboles, alarga su inmenso tapiz glauco hasta el confín distante, marcado por la línea azul de un bosque espeso. Lejos, diseminado sobre la hierba, dormita el hato. En el centro del llano - como un cisne inmóvil - albea una casita; a los lados y detrás de ella está el jardín, pletórico de plantas florecientes. En el aire vibra a intervalos el aleteo rápido de algún pájaro que pasa de regreso al nido.

El día agoniza.

Bajo el dintel de la puerta de la casita alba aparece una joven pareja, amado y amada. El, vigoroso, moreno, de cabellos y barba negros, viste el traje de los campesinos ricos. Ella, linda y fresca como una rosa auroral, va vestida de blanco; una cinta bermeja recoge en la nieve de su nuca la cabellera áurea, que luego se ensancha y desciende por su espalda semejante a una onda de luz rubia.

Salen, Caminan lentamente, enlazados, diciéndose ternezas, radiantes y sonrientes en su amor feliz. Al pasar cerca de un naranjo en flor; inmediato a la casa, su dulce charla se junta con los arrullos de dos palomas, que en la copa del árbol se acarician esponjando el tornasol de sus plumas; y esa deliciosa conjunción de charla amorosa y de arrullos es como un himno cantado por la Naturaleza a Eros; himno jocundo, triunfal, de pasión dichosa.

En tanto, la tarde expira; los arboles crepusculares se borran; baja la sombra en copos impalpables, y de las nieblas de un monte lejano la luna emerge al azul, que van flordelizando de oro las nacientes estrellas.

El Cronista- Sept. 14, 1893.

DOLIENTE

D O L I E N T E

Cuando veo - me decía el anciano médico mi amigo, apoyando la barba en el dorso de las manos que descansaban sobre el puño de marfil de su bastón de ébano, sentados los dos en la banca más sombría del parque, una noche en que por entre el follaje espeso esparcía la banda militar sus jocundas fanfarrias- cuando veo pasar al lado de las hijas lujosas a estas madres sanas, alegres, triunfales, porque sus niñas de nada carecen, porque pueden satisfacerles todos los caprichos, porque las aguarda tal vez un matrimonio honroso que se celebrará con toda la pompa de los rituales mundanos, recuerdo enseguida a aquella otra madre desdichada, a quién, en los primeros años del profesorado, asistí en su enfermedad mortal -un caso de hipertrofia del corazón- y quien me hizo la confidencia de la última era de su vida, allá en la marcante y portentosa ciudad de las audacias imprevistas. Esta confidencia la escuché una semana antes de morir la enferma; un día de primavera, en que la tierra toda vibraba en un delirio de vida y toda la atmósfera reía, con risa feliz, bajo la caricia intensa del sol.

A la muerte del esposo -desterrado de la patria por causas políticas- triste, aislada, sin dinero, con una hija, Celia, de catorce años, se encontró la pobre señora en la ciudad inmensa como el viajero perdido en medio de un bosque enorme y feroz.

Sabía de piano; buscó discípulos. Pero ¡bah! que padres ricos confían la educación musical de sus hijos a una desconocida? y los padres pobres. . . esos no tienen piano.

Trabajar en otra cosa? Como? Ella, ¡una planta de los delicados jardines hispanoamericanos! No vislumbraba luz alguna salvadora. El mañana se le ofrecía fatídicamente impenetrable. . . .

Y entre ella y la patria, el océano y tierra, ¡mucha tierra extraña!

Comenzó a vender sus pocas alhajas. Las vendió todas. Así pudo comer ella; así, sobre todo, pudo comer la hija un corto tiempo. Luego vendió los muebles, uno a uno. Dejó la habitación cómoda que ocupaba por un cuartito en el último piso de la misma casa. Y la existencia se le iba haciendo cada vez menos posible, y el infortunio la empujaba, la empujaba por la pendiente lúgubre de la miseria. Vendió sus trajes nuevos; vendió casi toda su ropa blanca, y pero, ¡oh, Dios! ¿no eres tan bueno? - tuvo que vender casi toda la ropa blanca y los trajes nuevos de Celia; aquellos trajes queridos que tan linda hacían a la niña.

Y el otoño corría; y vendría el invierno. . . . el invierno del norte, helado, amargo, cruel, espantoso para el pobre. ¡Qué sería entonces de ella, sin telas gruesas, sin comidas vigorizantes, sin fuego! ¡Qué sería de Celia, que nunca se quejaba porque todo lo comprendía, pero que iba palideciendo, palideciendo rápidamente, como una joven rosa enferma! Un día no hubo para comer. El día siguiente tampoco habría; ni el tercero, ni el cuarto, tal vez nunca más. Ah ¡El espectro fatal cómo le vería llegar, haciendo su mueca horrible, y llevársela, y llevarse a Celia, a su hija!

Entonces fue cuando recibió una carta del señor inglés que habitaba el principal de la casa. Era soltero; rico. Había visto a Celia; le gustaba. No podía casarse con ella, porque pensaba no casarse jamás, pero la tendría como a una esposa. La dotaría; la educaría y si era buena, más tarde. Quién sabe! Y acompañaba la carta con una fuerte suma de dinero.

Noche tremenda esa noche para la pobre madre. Su hija desde temprano dormía un sueño pesado, producto del desfallecimiento físico. Empezaba el invierno; la nieve golpeaba, blanda, terca, el techo y los cristales de la ventana, en cuyas rendijas gemía un viento fino, helado, punzante.- Cubrió a la hija con la única manta de lana que poseía, y se sentó a la cabecera del lecho miserable. No sentía frío; no tenía ya hambre. El sacudimiento rudo que le había causado en el alma la carta, le hacía insensible el cuerpo. ¡Mañana! Y en la sombra, percibiendo como en un sueño tenebroso la respiración débilmente rítmica de Celia, apretando entre la mano

crispada la carta salvadora y cruel, se repetía esta palabra, que en el cerebro enfiebrado le zumbaba siniestra y tenaz.

¿Rehusar? ¡Y su hija! Ella, la madre, podía morir; estaba ya resignada; bastante había sufrido, y la muerte sería el descanso, el olvido. ¡Pero su hija! No, eso no debía suceder; no quería que sucediera. Ella no tenía el derecho de quebrar la existencia en capullo de la joven; no tenía el derecho de destruir aquella nave nueva que estaba aún a la orilla del largo, hondo, del enigmático mar de la vida. ¿Aceptar, pues? Y su educación inolvidable; su educación severa y religiosa, que la hacía mirar el concubinato como un acto criminal, como el envilecimiento del amor, tan noble si el matrimonio lo consagra! ¡Y ahora se trataba de su hija! Era su hija quien se uniría sin matrimonio, sin amor, a un desconocido! . . . Y estrujaba entre las manos la carta; y, trágicamente visionaria, miraba modelarse, poco a poco, en la sombra, al espectro fatal.

¡Rehusar! ¡Aceptar! Por un rato grande estos pensamientos contrarios estuvieron luchando, luchando. Después, como cansados, quedaron inmóviles, y parvadas de recuerdos de la vida pasada le asaltaron el cerebro.

¡Los recuerdos azules! Tenía quince años, uno más que Celia; estaba toda de blanco en un baile de confianza, y valsaba con un joven gallardo y correcto. Le parecía oír, clara, precisa, evocatriz, la música de aquel valse; le parecía oír, tímida, vibrante turbadora, la voz pasional del joven, del que fue después su esposo. ¡Ah los placeres dulces y castos de los amores de novios; las impresiones profundas, reveladoras, de la primera noche nupcial! ¡La hija!

Llegaron los recuerdos grises. La pasión política del esposo; su ocupación constante en planes revolucionarios; sus continuas ausencias de la ciudad; su indiferencia de amante, la guerra civil; el esposo preso. ¡El destierro!

Y llegaron los recuerdos negros.- La enfermedad lenta, indomable del compañero amado, del apoyo fuerte; el agotamiento de la escasa fortuna; el país extraño. La viudez; ella y su hija aisladas; la pobreza. la miseria. el hambre. la muerte quizas. Y volvían los pensamientos contrarios a comenzar su lucha, y volvía a estrujar entre sus manos la carta del señor inglés, y volvía a

ver modelarse, poco a poco, en la sombra, al espectro fatal. Así la sorprendió el alba; un alba brumosa, anémica, tiritante, como precursora de un día triste. Y en la gloria lívida de aquella alba, percibiendo como en un sueño tenebroso la respiración débilmente rítmica de la hija dormida, apretando entre la mano crispada la carta salvadora y cruel, "¡hoy!", se repitió mil veces la madre, y esta palabra, en el cerebro enfiebrado, le zumbaba siniestra y tenaz.

Tuvo que aceptar. ¿El honor? ¡Oh, es verdad! ¡El honor! Y que el hambre apuñale el cuerpo, y que la desesperanza desgarré el alma, y que se vea a la hija adorada palidecer, palidecer rápidamente, como una joven rosa enferma que va a morir. Aceptó. Mas desde aquel día -a pesar de que su vida material fue holgada; a pesar de que en su nueva habitación decente la visitaba todos los días Celia, que sanó de modo rápido como había enfermado y adquirió toda su frescura brillante, toda su belleza exquisita, toda su nativa elegancia.- Sobre el corazón de aquella madre la tristeza lloraba un llanto continuo, que lo fue hipertrofiando inexorablemente.

¡Pobre mujer! La última vez que la vi estaba tendida, rígida y enlutada, sobre el lecho blanco. El fulgor de una lámpara bronceada, filtrado por un globo azul, le envolvía el rostro, contraído por el supremo escalofrío, en un velo sutil, vago y misterioso; y dos lágrimas se perlaban sobre la raya de los párpados apenas abiertos, como si la Muerte, al beber en aquel doloroso vaso humano, hubiese arrojado allí las heces del licor amargo de la vida. . . . Y aquella noche de primavera la tierra toda, en el deleite de un ensueño, suspiraba y toda la atmósfera sonreía, con sonrisa feliz, bajo la caricia dulce de la luna.

Ya sabe usted por qué -terminó, irguiéndose, el anciano médico mi amigo, mientras la banda militar, que había callado, esparcía otra vez por entre el follaje espeso del parque sus jocundas fanfarrias -cuando veo pasar al lado de las hijas lujosas a las madres ricas, sanas, alegres, triunfales, recuerdo en seguida, esta historia lejana, triste, triste y fiel. Y ella se sucede en el mundo eternamente, quizá!

"El Cronista"; No.1949; Año XVI; Serie X CV; 22 de junio de 1895.

UN IDEAL

UN IDEAL

El mozo hizo saltar ruidosamente el corcho de la quinta botella, y la onda rubia del champaña con su alegría sonora, con su hervor efímero de espumas, fue llenando las anchas copas de cristal.

Los tres amigos acababan de almorzar en aquel hotel inmediato al mar. Rafael y Ernesto, excelentes muchachos sencillos y francos, habían sentido pronto el entusiasmo expansivo que da el mucho vino cuando se bebe en la intimidad de una comida amistosa. Sólo Carlos, el eterno hastiado, el soñador extraño, estuvo durante el almuerzo, como siempre, silencioso, pensativo, ensimismado, oyendo distraído con su sonrisa triste, la conversación bulliciosa de sus compañeros. Y en su afán constante de cambio afán motivado por su incurable hastío- propuso abandonar el comedor y finalizar el almuerzo con champaña en la terraza del hotel, donde estaban instalados, en torno a una mesita, junto a unos tiestos de flores, frente al mar. El sol comenzaba a decender del cenit; un gran sol crudo incendiario a cuyas ondas de fuego palidecía y llameaba el

y altiva serenidad. Y en esos momentos quisiera estar en los hermosos tiempos de La Atenas, de los dioses y de los poetas. De la Atenas artista, para cantar a mi amada un himno en aquellos rítmicos hexámetros, un himno inmortal, al son de la divina lira! .

Yo -dijo Ernesto- no comprendo estos platonismos. Soy más práctico. Mi Adela no tiene impasibilidad de diosa. Es absolutamente humana: una virgencita hechicera y vivaz a quien amo y de quien soy amado. Y no creo que haya nada más delicioso que las presiones furtivas de manos; que las miradas rápidas, henchidas de caricias aladas, y que un lte amo! dicho en voz baja y vibrante, cuando en la sala plena de visitas hablan los demás animadamente, olvidados de nosotros bendecimos en secreto ese olvido.

Y yo -dijo Carlos, saliendo de pronto de su ensimismamiento y convirtiendo la mirada de sus ojos claros, a su copa vacía- os envidio porque amais, pero no puedo ser como vosotros. Tu amor, Rafael, es para mi inadmisibile, porque es demasiado inmaterial. El tuyo, Ernesto, me fastidiaría, porque es demasiado uniforme, demasiado monótono.....

¡Ah la mujer como yo la sueño! una mujer con la belleza poderosa e inmaculada de una Venus virgen, de una Venus casta, de una Venus ideal. Y en la urna maravillosa de ese cuerpo, dentro de esa carne, cándida y cálida como un mágico mármol, que encerrara a una alma ardiente como los soles africanos y tierna como un suspiro de brisa en una noche tranquila. Un alma inteligente, comprensiva, delicada, exquisita y soñadora; toda abnegación, toda sensibilidad, toda pasión con el amado y toda indiferencia, toda frialdad, toda desdén con los demás hombres. Que viviendo esa vida finisecular, esta vida actual tan febricitante, tan llena de excentricidades y refinamientos, a veces encantadores, a veces perversos, tuviera esa inquietud morbosa, ese anhelo de sensaciones sutiles e inauditas; esas melancolías, esas nostalgias, esas tristezas, extrañas, indefinibles y al mismo tiempo hondas y dominadoras, en fin, todo lo que es como una quinta esencia, amarga, pero sublime, del alma moderna. Que conociera el vicio -el vicio con todas sus bellezas mentirosas y enerbantes, con todas sus asquerosidades aparentemente bellas- ya por enseñanzas objetivas, ya por la lectura de los escritores enfermos y conociendo el vicio en su forma seduc-

tora y atrayente que lo aborreciera, le repugnara y fuese púdica y pura, perfectamente virtuosa, por naturaleza, por convicción y no por ignorancia, pues la virtud que ignora es incierta, insegura, eventual, susceptible de sucumbir al toque de las pasiones de la carne como el diamante falso al choque de los cuerpos duros. Si, un alma única; complicada e ingenua; mezcla exquisita de rarezas y sublimidades adorables; oh, a una mujer así, con la doble belleza de su cuerpo y del alma, yo la amaría, la adoraría como un místico exaltado de la religión del amor que viera en ella su deidad exclusiva y soberana. Y sólo una mujer así podría amarme como yo deseo ser amado, inmensamente; porque ella sí me comprendería, porque ella sí sabría leer en lo más sensitivo, en lo más íntimo de mi espíritu; y ¡bendita mil veces! sería la consoladora persuasiva de mis pesares.

-Diablo ¡Qué raro es este Carlos! dijo Ernesto rompiendo el mutismo en que habían quedado todos en voz para ser escuchada tan sólo por Rafael. Una mujer semejante no la encontrarás nunca, quizás. Y con esas ideas y ese carácter incomprensible que tienes es difícil que le ame cualquiera de nuestras virgencitas, que gustan más de los hombres alegres, decidores, de los que saben deslizarles al oído hermosas frases galantes. Lástima en verdad que tenga un temperamento tan extraño; porque en los momentos que domina su carácter y sepulta sus ideas en el fondo de su espíritu misterioso es un chico simpático; amable; insinuante; y será entonces menos sincero, pero es en cambio, más encantador.

-Yo le prefiero- contestó Rafael en el mismo tono- como es ahora, como es siempre con los dos, con quienes no se vé jamás en la obligación de fingir, de ocultar su verdadero modo de ser, pues sabe que le queremos como a un hermano. como a un hermano triste, que necesita consuelo, que necesita cariño, mucho cariño, porque ¡desgraciado! cruza la existencia bajo el peso abrumador de sus ideas, de sus sueños, de sus aspiraciones imposibles.

Y ambos se envolvieron en una mirada cariñosa y compasiva a Carlos. Este, vuelto a su abstracción, tendía de nuevo el fulgor melancólico de sus pupilas hasta el horizonte marino; inundado de sol. Allá, muy cerca de la curva, de un azul pálido y luminoso, una vela blanca se alejaba, disminuyendo y deformándose por instantes. Y Carlos contemplaba aquella silueta blanca, vaga, sugestiva; la

contemplaba fijamente; tristemente, como si ella fuese para él la visión de su ideal de amor, que, al conjuro de sus palabras, había surgido del mar e iba poco a poco perdiendo su forma, inacible, extrahumana; en el infinito del cielo.

“El Cronista”, No.1996; Año XVIII; Serie XCV 10 de octubre de 1895.

INTANGIBLE

Para Clemente Palma.

INTANGIBLE

¿Pero qué le pasará a este Armando? Se preguntaban los amigos de Armando des Hermies, siempre que le veían entrar al café, con su aspecto distraído y taciturno, saludar a sus antiguos compañeros con una sonrisa incierta e instalarse en una mesa apartada, donde pasaba las horas, solitario, silencioso delante del vaso de ajenjo que consumía lentamente, a pequeños sorbos, la mirada perdida como en el fondo de un sueño misterioso y gris.

En verdad el cambio del joven pintor no podía ser más radical, más inesperado. Todos le habían visto partir para Niza, con las primeras risas ardientes del estío, curarse de la aguda neurosis. Iba alegre, radiante, luciendo en las pupilas el resplandor del triunfo espléndido que acababa de obtener con su cuadro en el salón del "Campo de Muerte". Aquel cuadro tan exótico, tan magistral un Shefd'Oeuvre que había arrancado a su autor de la sombra, de la bohemia, para colocarlo bajo la luz maga de la celebridad, con los vencedores, en el difícil París del arte.

A los bocetos, los croquis, las acuarelas, que hasta entonces tan sólo habían servido de adorno al cuarto de pájaro de Armando, se vendieron a precios regocijantes, y una vida amable, holgada, alboró para el artista.

Así, en ese envidiable estado de espíritu se ausentó Armando. Regresó cuando la agonía nostálgica de otoño, ya que en aquella tristeza honda, hezotérica, que sorprendía dolorosamente a cuantos le amaban.

Y fue Henriette, la vivaracha errabunda, que en una noche nevosa de invierno, en una de las mesas del café, narró a varios

amigos la ventura infeliz. . . “Ella estaba allá; en Niza, en el hotel que habitaba el pintor.

¡El pobre Armando! Se había enamorado con todo el entusiasmo de su temperamento meridional, y hacía, más sensitiva su neurosis, de una quimera, de un imposible.

Un poco lejos de la población, junto a la playa, en una casa antigua y hermosa, de ventanas góticas que miraban al mar, vivía una señora.- ¿rusa, norteamericana? Con una hija única. Los paseantes que al principio vieron a la joven, invariablemente asomada a una de las ventanas del primer piso, en el tiempo del crepúsculo, con el busto visible, habían vuelto asombrados. Nunca soñaron belleza tan mágicamente perfecta como la que encarnaba esa virgen, que a la ventana, fijos los ojos en algo muy vago, muy lejano, permanecía pensativa, en actitud religiosa, hasta que la noche regaba en el cielo impecable sus primeros lises de oro. Pero todos ¡Ay! al saber de ella lo poco que allí se sabía, quedaban tristes, silenciosos, como si se les hubiera desvanecido brutalmente un sueño adorable, y en sus rostros que marcaba un gesto de compasión infinito. Aquella cabeza ideal, de una corrección sublime, aquel busto único, de una suprema plasticidad, eran de una inválida. De una inválida, cuyas piernas inutilizaba una anquilosis implacable, que la hacía -a ella- tan divinamente encantadora -inapta para el amor natural, como ocho años antes le afirmó, con la melancólica convicción del sabio, el viejo doctor, cuando hubo examinado el cuerpo de la impúber, en su parte sana y pura como el de un efebo delicado y bello.

Sin duda Armando, en una de sus excursiones en busca de asuntos pictóricos, había estado cerca de la casa. Vió la cabeza y el busto excepcionales y se enamoró de la desconocida poseedora de aquellas maravillas. Como el avaro que ha descubierto un tesoro regio, ocultó cuidadosamente su secreto. Así estuvo quince días, pasando por todas las variaciones de carácter del amante apasionado: unas veces alegre, con una alegría estallante, otras ensimismado, adusto, como bajo el peso de un enorme pensamiento negro. Alguien al fin le hizo la revelación terrible, le rompió en mil pedazos su idolatrada torre de marfil. una noche llegó al hotel todo agitado, pálido, pálido y sombrío. Sin comer se encerró en su cuarto

y no salió de él sino para tomar, al día siguiente, el primer tren de París. . .

La narración hecha por Henriette en su lenguaje rápido, un tanto desordenado, y la que interrumpió a menudo, ya para beber un sorbo de líquido humeante que tenía enfrente, ya para dirigir un saludo al conocido o la amiga que entraba- había interesado a los oyentes. Cuando terminó algunos ojos buscaron a Armando en su mesa apartada. Allí estaba, y con una mirada larga, compasiva, le estuvieron contemplando.

El pintor, ajeno a cuanto le rodeaba, veía surgir y desplegar, como una bruma hialina, el humo de su pipa de ámbar. Y cual un fakir invisible y potente le hiciera evocaciones sobrenaturales, en la bruma que surgía de la pipa, vió reproducirse, una vez más, con una claridad dulce y cruel, los relieves principales de su infeliz aventura.

Al aproximarse a su ocaso el alma llameante del día se opacó, empurpurándose. Permaneció unos segundos fija sobre la parábola del confín; descendió lentamente, lentamente y se ocultó por último como una custodia en un sagrario deslumbrante. Enseguida encendióse todo el firmamento, cual si por entre su inconmesurable monocromía azul se derramara, descomponiéndose, una onda de luz roja. El tinte crepuscular se esparcía por el cielo en una conjugación prodigiosa, y cosas inauditas se formaron con los encajes de nubes blancas que flotaban en la atmósfera. Todas las fuerzas de la naturaleza parecían suspensas, y la mano de lo desconocido trazaba en el espacio sus miríficos enigmas. Flamas pequeñas y continuas emergían del poniente, resolviéndose al instante en elipsoides sanguíneos. Sobre la extremidad derecha de la línea occidental, un palacio de ónix apareció y desapareció; semejante a una decoración escénica, y fue reemplazado por un gran lago de violeta vigorosa, que iba a morir en playas de oro subido. Cerca del cenit, en medio de una lujosa agrupación de tapices anaranjados, surgió un lecho bermejo, enorme, de estilo innoto y soberbio. El mar inmóvil desfalleciente, como en el éxtasis de un deleite supremo, copiaba en su tersura blanda -amortiguándolos y confundiéndolos- todos estos cambiantes de tonos y de formas. El levante ensombrecía su azul.

El de los montes distantes se sonrosaba. Un impalpable velo, levemente rojizo, diríase que había cubierto la tierra toda. . . . y Armando des Hermies, al pie de la casa de ventanas góticas, sentado sobre una roca baja, a un lado y en abandono los útiles de pintura miraba absorto, con el místico recogimiento del artista, aquella poderosa victoria del crepúsculo.

Luego una necesidad inconsciente e imperiosa, de que alguien participara de la opulencia vespertina, le hizo pasear la mirada en derredor. . . . allí, inmediata, en una de las ventanas de la casa aislada, estaba una mujer, una niña, de un tipo impresionante. Estaba indiferente a todo, hierática, visionaria, clavadas las pupilas en algo muy vago, muy lejano, tan lejano y tan vago que debía esbozarse fuera del horizonte.

El fulgor crepuscular la circuía de una gloria color de rosa, que no lograba avivar la blancura mate, lánguida de la faz, sombreada por la densa mota de unos cabellos negros, casi azulasos, e iluminada extrañamente por dos ojos grandes, verdes, del verde intenso de las aguas profundas.

Hipnotizado, recogió Armando y grabó para toda la vida en su retina los menores detalles de aquella cabeza divina, las curvas más fugaces de aquel egregio busto y en su alma nació una alondra azul que cantaba a todas horas, secretamente, la canción de las ilusiones.

Pero una tarde la joven, que no se había dado cuenta de la adoración que inspiraba, abstraída siempre en su ensueño nimbánico, abatió el resplandor de sus ojos verdes sobre el artista; una sonrisa amarga le contrajo la boca, y se hundió en las sombras de la estancia. Armando, que no pudo verla nunca más, no quiso conformarse con aquel rechazo manifiesto; indagó, supo. . . . y cuando un crepúsculo como el otro vibraba en el infinito, sintió ¡el desdichado! - como en su alma la alondra azul, que callaba hacía una semana, murió, murió violentamente, y en su lugar irguióse, perdurable, negra, trágica, el ave de la desesperanza, que desde entonces le canta un miserere fatal.

Mientras esas evocaciones voltegeaban ante la imaginación de des Hermies, exitada por el ajenjo, oíase en la amplia sala del

café el taconeo incesante de los mozos del servicio, el choque de los vasos contra el mármol de las mesas, las voces alegres de los hombres, las carcajadas de las mujeres mundanas y, venido de la calle, el rodar sordo de los coches sobre la nieve que caía en aquella noche de invierno.

“El Cronista”; No. 1941; de 4 de junio de 1895.

UN ALMA

Para Ramón Vallarino Z.

UN ALMA

El baile tenía ya toda la locura expansiva y una embriaguez de champaña. Envueltas en la onda enardeciente de un vals bajo la luz vigorosa de las lámparas eléctricas, las parejas giraban, giraban vertiginosamente, produciendo, con la variedad de colores de los trajes femeniles, la impresión de un iris sólido y fragmentado voltejeando en aquel salón enorme, tapizado de azul pálido con retamos oro.

Y cuando la orquesta arrojó los últimos acordes del vals, Carlos, artista nervioso, que había mirado valsar desde el umbral de una puerta, abandonó su sitio, atravesó el salón de baile, el del buffet y fue a reclinarse contra la baranda de una terraza amplia que caía al jardín, y a la cual llegaban rotos y sordos los sonidos de la fiesta.

Formando contraste con la claridad y la alegría bulliciosa de adentro, afuera estaba la noche tranquilamente triste. Una espesa cortina negra cubría todo el firmamento, interceptando en lo absoluto las fulguraciones astrales. El viento, leve y húmedo, volaba pausadamente; y, con el aliento aromoso de las flores, del jardín se desprendió una vibración lenta, constante, rítmica y sutil.

Ante la tristeza tranquila de la noche, Carlos, con la barba sobre la mano, se puso a meditar.

El baile, lesa que era placer para las almas simples, no lo era para su alma refinada y extraña!

Cada vez que iba a un baile, en los comienzos de él, el salón todo lujoso y resplandeciente, la policromía brillante de los trajes de las mujeres, los perfumes sugestivos que de ellas surgían, la comunión

atrayera de bellezas morenas y bellezas rubias, todo, despertaba en él, artista delicadamente impresionista, un entusiasmo hipnotizador. Y bailaba, reía, conversaba y tenía para su pareja palabras galantes, palabras -flores; esas que pagan siempre las mujeres con una bella sonrisa, o con bello gesto de coquetería deliciosa.

Pero aquel entusiasmo era efímero. Poco a poco su carácter iba ensombreciéndose, y hastíos, desilusiones, cansancios, tristezas, tedios. . . . una multitud fatal de cosas negras empezaba a aletcarle en el espíritu, como legiones de aves fúnebres. Y viendo ya todo al través de un velo de luto, se retiraba a un lugar apartado, lleno de enervamiento moral, melancólico, pensativo y pesimista.

¡Qué observaciones tan tristes hacía entonces! La atmósfera contenida del salón y el continuado ejercicio de baile había recalentado el cuerpo y de ellos se elevaban fuertes emanaciones humanas que flotaban en el recinto como una ondulación de olores fatigantes. Los hombres, con la pechera y los cuellos de las camisas mojados, rugosos, los rostros purpúreos y sudorientos, los cabellos en desorden, tenían aspecto de sátiros en delirio vestidos a la moderna.

Las mujeres. . . . oh llas mujeres! Los peinados habían perdido su corrección; las flores del tocado agonizaban, descoloridas, mutiladas; los trajes se ajaban; se deslustraban, y aquellos rostros que al principio tenían una aristocrática y adorable nitidez, con la transpiración constante, presentaban tonos lucientes y encendidos; mal disimulados por los polvos de arroz que ahora se extendían, terrosos, desilusionante, sobre la humedad brillante del cutis.

Y sin embargo, el baile seguía siempre triunfador. Y los hombres, de aspecto de sátiros en delirio seguían arrojando sus galanteorías incoloras sobre la belleza decadente; ruina de las mujeres; y Carlos se alejaba de la fiesta disgustado de cuanto había visto, de cuanto había oído, de cuanto había dicho; disgustado de sí mismo, disgustado de todo; sintiendo brotar en su espíritu la florecencia amarga y glacial del escepticismo.

Aquella noche estas impresiones habían sido más duras. Ella, la amada, estaba allí. Era la primera vez que se encontraban en un

baile. Y cuando ella se presentó en el salón, cándida, rubia, en su traje de un rosado lánguido y brumoso, a él le pareció sencillamente divina.

Bailó, bailó mucho con ella y le elogió la belleza vencedora con toda la elocuencia de un enamorado lírico y soñador. Ella le escuchaba gozosa, como en el éxtasis de una revelación paradisiaca, flotante en la mirada risueña de sus ojos claros y en la sonrisa luminosa de sus labios en flor; y el cerebro de Carlos se pobló de imaginaciones elíseas que revolotearon dentro de él como mariposas de alas radiantes.

Hubo un momento en que Carlos se creyó curado para siempre de sus hastíos, de sus desilusiones, de sus cansancios, de sus tristezas, de sus tedios; y creyó que ese baile sería para él, hasta el final, hermoso y amable. Sus nervios vibraban conmovidos por sensaciones hondas, exquisitas, inconmesurablemente venturosas. Anhelos dominadores de goces inmateriales; de goces absolutamente ideológicos, brotaron en su corazón, en el que había una plenitud de amor por aquella niña que a él se le antojaba casta, inocente, sensitiva y apasionada como una Julieta ideal. Y comenzó a hablarle en un lenguaje en que no le había hablado nunca: íntimo, henchido de caricias vaporosas, de ternuras aladas, de ansias de una felicidad grande, estable, infinita como la vida de las almas. Y quiso que ella compartiera con él aquella poderosa resplandecencia que le iluminaba lo más recóndito de su ser moral; que sus almas se juntaran en una sola aspiración excelsa!? no era propicio a ello toda esa conjunción de luz, colores, perfumes y armonías que le rodeaba, subyugadora y evocatriz de cosas buenas, supremamente buenas?

Propicias? ¡Ah! en ella no lo fue! . No pudo comprender nada de aquel desbordamiento sublime; de aquel amor que se desarrollaba fuera de la zona de sensibilidades de ella y se dilataba, esencialmente espiritual, hasta el mundo de la idea pura. Había escuchado a Carlos, silenciosa al principio, abriendo asombrados, sus lindos ojos claros y haciendo esfuerzos visibles por seguir a aquella alma vibradora de sus maravillosos vuelos. . . . Después había dado muestras inequívocas de tener el pensamiento distante, muy distante del ambiente pasional en que Carlos pretendió envolverla. Su mirada vagaba curiosa por la galería de mujeres que a los lados se desplega-

ba, y se detuvo más de una vez, con insistencia emulativa y analizadora, en una morena cercana, de una hermosura tropical y soberbia.

Carlos llegó al fin a penetrar sobre ésto. Una oleada de frialdad desdeñosa le entumeció. Todas sus facultades ingenuas; cortó bruscamente su conversación apasionada y lanzó frases alegres, de ironía burlona contra sí mismo por sus idealidades amorosas. Y se levantó, riente el rostro, y fue a situarse contra el marco de una puerta, en tanto que la orquesta desataba en el salón los ritmos sonoros de un vals.

Allí volvió a hacer sus observaciones pesimistas, a experimentar ese desencanto abrumador que le hacía fijar en su retina de impresionista los menores detalles de la ruina rápida de aquellas figuras humanas, antes tan correctas, tan armónicas. Y al terminar ese vals fue cuando abandonó el salón y se instaló en la terraza, solo y triste, formando con estos recuerdos sus meditaciones amargas.

La noche pasaba, la negra y espesa cortina que oscurecía el firmamento habíase partido en grandes masas de nubes de un indefinible color claro. En los espacios limpios algunos astros hacían temblar sus rosas de oro. El viento era largo y fresco. Y el recio establecimiento que subía del jardín -cuyos árboles, hasta entonces invisibles, se destacaban en una penumbra indecisa- anunciaba que el alma de las cosas iba a recobrar pronto su vida intensa y fecundadora.

Con los brazos cruzados sobre la baranda de la terraza; Carlos siguió meditando.

Indudablemente su amor palidecía de un modo rápido, involuntario; y el recuerdo de aquella niña se congelaba e iba reuniéndose indiferente, con el de otras mujeres vírgenes, amadas y olvidadas enseñada. El, si por su temperamento artístico adoraba todos los esplendores de la carne, buscaba algo más en la mujer; buscaba el alma. Una alma que -como la plancha fotográfica en la cámara oscura los objetos que enfrente se colocan- pudiera recoger y grabar en ella, con sus matices más tenues, todos los gustos, todos los sentimientos, las aspiraciones todas del alma de él, y por manera asimilativa, viniera a ser como una reflexión vivida de la otra. Sí; eso era lo que él había

ambicionado siempre en la mujer, y eso era lo que había creído encontrar en aquella niña. La belleza delicada y aristocrática de ella y la falta de oportunidad para hablarle a solas, en sus instantes nerviosos, colmaron en Carlos una convicción ilusoria que acababa de desvanecerse veloz y desoladoramente, porque solo había encontrado una pobre almita simple, inapta para comprender todo lo que fuera extraterrestremente bello.

¡Oh! y ante aquella nueva extinción de un ideal siempre soñado, cayó sobre él un pesar inflexible y le asaltaron nostalgias profundas de un amor virgen, grande inmensurable, de sensibilidades infinitas y de irradiaciones eternas! .

Todos estos pensamientos se ensanchaban tanto en su cerebro que degeneraron por último en vaguedades abstractas, complicadas, y fueron ya incapaces de uniformidad y precisión. Luego se unieron, se mezclaron, se confundieron lentamente, y quedaron flotando en un rincón del cerebro como una pequeña bruma concentrada y oscura.

El alba circulaba ya bajo el cielo, sobre las nubes que habían adquirido blancuras diáfanas e iban tiñéndose de un rojo tierno y lúmineo. Una alondra saltó de la copa de un árbol y se remontó al azul, arrojando en el cristal del aire, como sonoras flechas de plata, sus trinos mágicos. Efluvios de flores nuevas ascendían del jardín en ondas bienhechoras. . y Carlos invadido por una laxitud física y moral, sin regresar al salón, de donde venía la música entrecortada de una danza, se retiró del baile y se fue, paso a paso por la vasta calle. . . . por la vasta calle desierta y bañada por una leve claridad blanca, en la cual la luz de un foco del alumbrado público se opacaba y desfallecía a toda prisa, como fulguración postrera de un ideal que muere.

“El Cronista” No. 2013; Año XVIII, Serie X CIX de 19 de noviembre de 1895.

LA SORPRESA

Para R. V. de Saint Malo.

LA SORPRESA

¡Bravo!

Y un palmoteo sonoro y prolongado acogió el final chispeante del Baudeville. El telón cayó, y en seguida elevóse al aire un fuerte murmullo de risas y de conversaciones alegres.

Aquella era noche feliz para monsieur Durand - el pequeño y obeso Durand, propietario del nuevo café Moscou. Estaba radioso, triunfal, e iba y venía por el amplio salón repartiendo a la numerosa concurrencia sonrisas y miradas acariciadoras. Desde por la mañana había anunciado, en grandes carteles verdes fijados en las esquinas del barrio, "una bella sorpresa para sus queridos parroquianos"; y por una de esas frecuentes novelerías parisienses el réclame tuvo un resultado espléndido: nunca, ni aún en el día de su apertura se había visto tan favorecido por el público el café Moscou. El mismo monsieur Durand estaba asombrado; deliciosamente asombrado.

Los mozos volaban satisfaciendo los múltiples pedidos de los concurrentes. Las tablillas de zinc brillante de los escaños -colocados en la primera parte del salón- y las mesitas de mármol -que seguían después- se llenaban de botellas y vasos con licores. Los blocks en donde la cerveza ofrecía su tono de ámbar diluído y sus motas de espuma opalina y compacta; el tembloroso verdoso, anaranjado del ajenjo; el champaña arrojando su risa rubia desde las chatas copas de cristal; todos aquellos licores y botellas de colores diversos, descomponían, en tintes irisados, la onda luminosa de las lámparas eléctricas. Una nube leve, formada en el humo de los cigarrillos y cigarros, flotaba -como una niebla ligera- en el ambiente cálido; y al través de ella veíanse encima, el plafond pintado al óleo -el plafond en el cual una multitud de amorcillos rosados revoloteaba entre ninfas de cabelleras sueltas y faunos de cara

risueña- y allá en el fondo, el telón caído que mostraba, con vivos matices, un cuadro andaluz; el baile flamenco.

- ¡Ah; estoy ya impaciente por ver esa sorpresa! - decía Alice, la vivaracha Alice, a su compañera de mesa, una rubia lánguida que envolvía perezosamente un cigarrillo.

- ¡Bah! Alguna tontería- contestó esta. Yo no he venido por eso. . . . es por otra cosa. . . . Tu sabes: necesito dinero para ir al baile mañana. Y miraba, miraba con su mirada durmiente a un caballero mofletudo, que ostentaba en el chaleco una gruesa cadena de oro y bebía un vermuth gommé en una mesita cercana.

Había cantado ya el signor Guiseppe, que estuvo magnífico con sus inimitables muecas elásticas, su voz atiplada y su enorme y roja nariz puntiaguda. La señorita Luisa hizo poner húmeda de caricias las pupilas de más de un viejo burgués, cuando en el cancan enseñaba sus lindas piernas y movía todo su cuerpo con ritmo rápido y turbador. Luego vino el baudeville, y mientras se fastidiaba su amiga Alice rió, rió como una loca, pelándose en la risa la doble hilera de sus dientes, entre la púrpura fresca de sus labios. Al baudeville iba a seguir la sorpresa. Se acercaba pues, el momento y el público aguardaba curioso.-

La orquesta marcó los primeros compases de una música melancólicamente vaga, en medio de un silencio de iglesia, el telón se alzó.

Vestida toda de negro, vacilante, lentamente, fue avanzando una mujer hasta el término del proscenio. Allí se detuvo. No hizo saludo alguno. Permaneció por un instante muda, inmóvil, rígida, y luego, con sus grandes ojos negros, fijos en lo alto, comenzó a cantar.

Los espectadores habían visto asombrados; atónitos, aparecer en la escena a aquella mujer misteriosa y extraña. En verdad, era ella una figura impresionante. De su corpiño negro, cerrado hasta el cuello, bajo la espesa mota de sus cabellos, negros también surgía, como un lirio mustio, su bello rostro blanco, maravillosamente, correcto, y pálido, pálido de una palidez mate, casi ideal. La luz,

que le daba de lleno, la envolvía en una como gloria azulosa; y parecía así, toda enlutada, pálida y triste, la Dolorosa de algún pintor egregio, místicamente neurótico, o más bien, la fúnebre encarnación del destino adverso.

Su voz, incierta y trémula al principio fue poco a poco afirmándose, robusteciéndose, y, subyugadora, soberana, incomparable, dominó pronto la orquesta. Cantaba una doliente balada noruega que traía a la memoria todas las miserias, todas las nostalgias, todos los sufrimientos, los hielos todos del invierno hiperbóreo.

Y desde el comienzo del canto circuló por entre los espectadores un escalofrío de pesar. Nadie hablaba; nadie se movía. Diríase que una invisible bruma de tristeza habíase extinguido en el salón o que el angel Melancolía batía sus alas sobre todo aquel público hondamente conmovido. Alice, la vivaracha Alice esta sería. Su compañera había dejado su actitud indolente y tenía el ser entero convertido a la escena. Eran ellas dos buenas muchachas de alma inteligente, bohemias galantes a quienes sus amantes del barrio latino habíanle enseñado a adorar todo lo que fuera exquisitamente exótico. Ahí, ya la rubia lánguida no se acordaba del baile del siguiente día ni acariciaba con la luz dulce de su mirada durmiente al señor mofletudo de la cadena de oro. Ya no se fastidiaba. Y como Alice y su amiga, todos miraban fascinados a aquella rara y dolorosamente bella; todos oían emocionados aquel canto entristecedor y triunfador: Sólo, en la general conmoción, algunos burgueses cretinos permanecieron fríos. Ellos hubieran preferido algo más cómico que el signor Guiseppe. Algo más exitante que las piernas y los movimientos atrevidos de la señorita Luisa. Estaban, pues contrariados. Esa mujer hermosa y triste, que cantaba como un pájaro mágico no les gustaba; pero, ¿quién era ella? ¿por qué estaba allí, en el escenario de un café cantante, ella, que podía rivalizar ventajosamente con la diva más afamada? Ninguno lo sabía.

¡Y ese endiablado de Monsieur Durand que se había eclipsado. ! La cantatriz seguía cantando. De su garganta brotaba la voz nítida, vibradora, aurísona al mismo tiempo acongojada, gemebunda, sollozante. Era aquel un canto magistral, conjunto sublime de armonía de angustia suprema. En la atmósfera sonora de la sala -como

rítmica cascada de pedrería sobre una fina lámina de cristal - se derramaban las notas del canto, sugestivas, prodigiosas, inauditas, y semejaban almas heridas de desesperanza eterna que volasen quejándose en un inefable y divino acento. Tal vez ¡ay! la visión cruel de sufrimientos pasados, de sufrimientos presentes, de sufrimientos futuros palpitaba en el espíritu de aquella maravillosa Filomena, porque a la balada, daba inflexiones desconocidas de dolor; de un dolor grande, inmenso infinitamente profundo, que se filtraba, como un sutil polvo gris, en los corazones sensitivos y, con todas sus fatídicas crudezas, despertaba en ellos nostalgias y dolores propios.

El canto y la música de la orquesta tuvieron un crescendo robusto y continuado. . . . Algo así como una imprecación desesperada de los infelices, de los desheredados de la vida contra las indiferencias abrumadoras del destino. Después, fueron decreciendo gradualmente y se extinguieron al fin, como una débil luz desolada en un

josamente las sombras que explotan en el cuarto. En los sitios lejanos, los objetos se pierden en una tiniebla densa; en la penumbra se esfuman indecisamente y adquieren formas y tamaños fantásticos. Cerca de la luz todo tiene el aspecto doliente de la pobreza absoluta.

La mujer cose una tela blanca que se amontona en su regazo. Su traje es negro, flojo, usado; su cabello, negro también, está recogido en una espesa mota sobre la cabeza. De la negrura del traje y el cabello surge, como un lirio mustio, su correcto rostro, blanco y pálido, de una palidez intensa, mate, casi ideal. Y parece ella, así, toda enlutada, pálida y triste, la fúnebre encarnación del destino adverso.

La noche, glacial, transcurre lenta, lentamente, El niño duerme el sueño inquieto de la fiebre. La madre cose, cose. A menudo se interrumpe, clava una larga mirada húmeda en el hijo dormido y vuelve a su tarea, llorosa, trágica y fatal.

Y la lamparita de vidrio sigue alumbrando aquel cuadro con su luz tímida y vacilante, mientras afuera, el viento helado de invierno zumba en las rendijas de la bohardilla con sumbidos tenues, quejumbrosos, como suspiros comprimidos; como gemidos ahogados, como si la tristeza sollozara a la puerta de aquella vivienda desdichada y miserable.

“El Cronista”, No.2022; Año XVIII; Serie CLXIX Panamá, 12 de diciembre de 1895.

**CUENTOS PUBLICADOS DESPUES
DE LA EDICION DE HORAS LEJANAS**

BAJO LA LLUVIA

BAJO LA LLUVIA

Eran vecinos y amigos, de igual tamaño: Pablo, de doce años y medio; Guadalupe, de once. Vivían en dos habitaciones, en el patio de una casa, a dos cuadras de la Alameda. La calle, ya con pavimento de asfalto, conservaba aún, en sus edificios, aspecto arcaico. La madre de él, viuda de un provenzal, cocinaba para una familia rica, de la cual era portero el padre de Lupe. Su mamá quedábase en el cuarto; aplanchaba y hacía dulces criollos: delgados cilindros de leche, rombos de coco y de cidra, conos de membrillo, de limón, de naranja. La chica los vendía, pacientemente sentada ante la caja plana, en el comienzo de uno de los senderos del gran parque. La vida de las dos familias era cómoda. Pablo, además, en las horas libres de la escuela, convertíase en vendedor de periódicos. Sus ganancias cotidianas ascendían a la respetable suma de cuarenta, de sesenta centavos. Era activo, de una inteligencia precoz; delgado, nervioso; con la tez bronceada por atavismos aztecas, pero con grandes oscuros ojos, llenos siempre como de irradiaciones febriles, y dominados. Lupe, la hija de un inmigrante irlandés y de una bella criolla tapatía. La piel, blanca, estaba infiltrada de coloraciones rosas; abundoso cabello rubio, pupilas claras, turgentes las formas inúbiles del cuerpo, redonda y de rasgos menudos la cara. Era apacible.

(La amistad tiene deberes sagrados), opinaba Pablo, glosando algún precepto escolar; y de dos a tres de la tarde, en ocasiones con varias docenas de periódicos aún en el brazo, se iba a la Alameda y ocupaba el lugar de Lupe, para que ella fuera a comer. La chica lo quería; pero el carácter inquieto de su amigo le mortificaba su mansedumbre moral. Mientras le atendía el puesto, comíase él ocho, diez dulces; se los pagaba; (era persona de dinero), y en vez de estarse con ella, conversando, como lo hacen los grandes, partía en seguida. Adonde? A terminar la venta de sus diarios, a jugar, a discutir con

otros muchachos. La dejaba así sola, bajo los altos árboles del paseo, melancólica, pensativa. Ese Pablo no era formal! De noche, después de la cena, salía inmediatamente a la calle, a reunirse con sus camaradas del vecindario, a tomar helados en el puesto de la esquina, a noctabular por las calles de los teatros, a meterse en ellos. Pues, Pablo tenía influencias con los porteros, y siempre monedas en los bolsillos. Lupe se quedaba allí, acurrucada sobre el umbral de la puerta exterior, viéndolos alejarse alegremente. A ella le gustaban mucho los helados, y más que todo, el cinematógrafo público de la Alameda. Pero Pablo nunca la llevaba. Ni siquiera demorábase un rato ayudándola a ataviar la hermosa muñeca, regalo de él mismo. Sólo lo entusiasmaba la calle, los vagabundeos con aquel amigo!

En las noches de lluvia, forzosamente permanecía en casa. Lupe trataba entonces de conducirlo por el buen camino. Traía la muñeca y en tres diminutas tazas de té preparaba la infusión, y en tanto suplicábale que le cambiara el traje a aquélla, dándole a escoger entre varios, hechos por la chicuela. El interés de él por estas cosas serias era mediocre: la amiga lo notaba. Todo se hacía con rapidez excesiva: la distracción resultaba nula. Pedíale que le leyera de los cuentos de las Mil y una noches, o de Perrault, o esos tremendos de Hoffmann, hipnotizadores, en la sugestión del miedo, para las herencias ancestrales de su espíritu septentrional. Pablo desdeñaba aquellas lecturas, deleite suyo dos años atrás. Leer necesidades de genios y fantasmas! Acostumbrar el cerebro a lo inexacto, a no ver las realidades de la vida, a nutrirse de ilusiones y fantaseos enfermizos! El viejo profesor de "historia general", hablaba por esa boca de doce años. Y Pablo, tomando en la silla actitudes de conferencista, disertaba, ante el adormecimiento de Lupe, sobre los hechos resaltantes de Grecia, de Roma, de la Francia revolucionaria. Aquello era verdadero e instructivo. Ella, oía vagamente, quedándose en la memoria tan sólo algunos nombres raros: Espaminondas, Licurgo, Alcibíades, Las Termópilas, Numa Pompilio, Escipión, Mirabeau, Robespierre, Danton, Klüber, Bonaparte, grandes patriotas, ilustres caudillos de pueblos, concluía el memorista orador, frente al sueño profundo de su auditor.

Pasaron meses. Para Lupe su puesto en la Alameda era una segunda casa. Las mañanas y las tardes tenían para ella encantos múltiples. Los rond-points llenábanse de bandadas de niños y niñas.

Los juegos variaban; la algazara de los retozones era amplia y comunicativa. Y la vendedora de confituras, a pesar de que en breve cumpliría doce años, participaba, con toda su alma de otra raza, desde su asiento, de los regocijos circundantes. Cuando llovía, refugiábase en el kiosco vecino, donde encontraba siempre a algun "señor", que la obsequiaba con un refresco y comprábale de sus dulces. Únicamente al medio día, hasta la llegada infalible de Pablo, transcurría para ella en completa soledad. Se amodorraba; y en el duermevela, su pensamiento, tan propicio a lo fantástico, hacía del viento y de los tupidos ramajes del parque una orquesta de músicas raras. Las ráfagas recias construían en el teclado de las hojas largas risas rítmicas, entrecortadas como por coloquios de reuniones señoriales. A Lupe antojábasele que había allí, en esas espesuras de ramas, muchas hadas y muchos genios, comentando quizá, con desbordes de alegría, los acontecimientos pretéritos de alguna maravillosa fiesta. O la brisa en su vuelo suave y firme, fingíale el ronroneo de los recién-nacidos; y pensaba en su muñeca e, inconscientemente, en Pablo, quien a medida que transcurrían el tiempo hacía más emprendedor, más inasequible en las veladas nocturnas, por sus inmediatas ausencias, o sus discursos, durante las lluvias copiosas, de asuntos cada vez más raros, más soporíferos. Comenzaba ya los estudios filosóficos, y el aprendizaje de los clásicos griegos y latinos. Y nada tan fastidioso, cual esos temas, para su obligada oyente. "¡Bah! -se decía él, con escéptica indulgencia, viéndola dormirse: - las mujeres son seres lindos, pero inferiores". Todo un axioma de psicología y de estética.

II

Era exacta en parte la frase de Pablo. Un mes antes cumplió Lupe doce años. Hubo grandes festejos; helados, vinos, dulces; un ajuar completo de niña elegante: - dos trajes preciosos, botinas, medias negras, de hilo; corsé. Su amigo le regaló una caja de perfumes, como lo hizo un discípulo suyo, de más edad, en el natalicio de una prima. Y Lupe, al desarrollarse, embellecía de un modo visible. El talle se le afirmaba, su cuerpo adelgazábase; las caderas y el busto adquirían la gracia de la curva femenina: acentúabanse las líneas armónicas del rostro, el cual se tornaba ligeramente oval. Pablo crecía también pero no se modificaba. Ciertamente que ahora vestía mejor, un traje de paño azul; buen calzado, sombrero de fieltro; más seguía en sus afanes de negocios ambulantes y de estudios excesivos. Porque Lupe sabía que eran inútiles. Las dos familias prosperaban.

El padre de ella ascendió a mayordomo y tenía ahorros halagüeños en el Banco; la madre de él hizo también sus economías, y la chica oyó los proyectos, para dos años más tarde, de establecer un Café decente, en la Reforma. En las habitaciones interiores vivían todos. La mujer del mayordomo dirigiría el establecimiento; la hija atendería, desde su pequeño escritorio enrejado, al cobro del consumo. Para el servicio, dos camareras; Pablo, por sus aptitudes notables asimismo en matemática, estaría investido del puesto honorífico de administrador. Ella escuchaba estas conversaciones; pero él de continuo en la calle, las ignoraba como la idea adicional, del noviazgo de los chicos, y del matrimonio después, en la edad conveniente.

Aquello planes encantaban a Lupe. ¡Y el muy zonzo, seguía vendiendo periódicos, y estudiando en esos libros aburridos, y gastando sus ganancias con los amigos! Esto era lo que más la contrariaba, pues ya se creía con plenos derechos para ser sola dueña de las horas libres de él. No obstante, su timidez, su natural dulzura, impedíanla hacerle ninguna revelación, exigencia alguna. Pero al regresar, a las siete, de la Alameda -ya no iba en las mañanas- se lavaba, se vestía de limpio, echábase en la cabeza y el pecho unas gotas de las esencias regaladas por Pablo; y sucedía siempre que al llegar éste, la encontraba peinándose ante el espejo la enorme masa de su pelo rubio. Desprendíasele de la nuca rodando por la espalda y el talle como una ola de luz densa. “Se parece a las imágenes de los cuadros de las iglesias”, pensaba el muchacho, sin decírselo, y recurría entonces a sus recuerdos filosóficos y a sus compromisos con los amigos, para no quedarse allí, muy cerca de ella, aspirando su perfume, contemplándola, diciéndole mil cosas distintas de sus lecturas y disertaciones escolásticas. Al ausentarse, también conturbaban ahora su espíritu vagas nostalgias, productos de virilidades nacientes. Muy “chula” ella; pero por qué no aprendía lo que él se esforzaba en enseñarle? Su letra era bonita; regular su ortografía; Su ciencia en la aritmética alcanzaba a los decimales. En lo demás, ignorancia total. Y arrebatado por su pasión de oratoria, mientras iba por la calle al encuentro del compañero, repetía en alta voz, como uno de sus profesores: “La civilización ha roto el molde psíquico de la mujer antigua: hoy le es preciso no ser una carga, sino la ayuda eficaz el hombre, en la lucha de la vida, hasta donde puede abarcar su imperfecta mentalidad.” Pablo no sabía que aquel profesor, de elocuencia su-gestionante se hallaba casado. El modernismo de su esposa consistía

en una permanencia continua fuera de su casa: por la mañana en Plateros, visitando las tiendas suntuosas; por la tarde, en visitas; de noche, seguida dócilmente por el marido teórico, en los cinematógrafos o los teatros. Y hacía versos. En aquel presupuesto conyugal el desequilibrio era grave. Tales hechos conservaban el incógnito en las conferencias de feminismos. Para el chico, Lupe -su hermana por la manera como creía quererla- estaba en completo atraso; sería una "mujer antigua". Y esta convicción profunda, fortalecía contra el influjo, cada día mas penetrante de su amiguita, propia sólo para aprendiz de modista, pues en las horas nocturnas cuando no leía de esos cuentos pueriles, eternizábase junto a la lámpara, en costuras para la muñeca, o en bordados simples.

El tiempo volaba. Lupe cumplió los catorce años: él acercábase a los diez y seis. La primera parte de los proyectos paternos era ya casi una realidad; a principios de Septiembre. A la sazón mediaba Agosto. La niña pronto dejaría de serlo. Su belleza avanzaba a la forma definitiva de la virgen núbil. En los dos hogares, el bienestar general traducíase en el contentamiento inalterable de los "viejos". Ese año Pablo obtuvo en los exámenes, en todas las materias, notas sobresalientes. Era el modelo de los alumnos. Los profesores citaban con orgullo a aquel discípulo de nerviosidad inquieta, de grandes ojos ardientes -donde parecía reconcentrarse su vitalidad física en gérmenes de poderosas energías -de memoria extraordinaria, de tan clara inteligencia de inquebrantable voluntad para el estudio. A los veintiún años sería abogado; después, en la política, quién sabe hasta donde podría ascender. Un porvenir magnífico. Los elogios llegaban a él indirectamente, por conducto de algún condiscípulo, y lo suggestionaban, deslumbrándolo. Ya sentíase con vocación irresistible para los asuntos públicos; para el Congreso. Ser Diputado! Asistía con frecuencia a la "barra", y escuchaba los debates de las sesiones interesantes, con recogimiento de neófito. Los aplausos a los oradores le recorrían el cuerpo como febricitantes escalofríos. Y veíase en años venideros, en pie, en la sala solemne, el gesto soberbio, la palabra en los labios, entre sus colegas, sumidos en silencios aprobadores. Y más allá, el pueblo nutrido, cortándole los periódicos con truenos de aclamaciones. En espera de esa época lejana, continuaba aprendiendo con afán casi enfermizo: vendía sus periódicos; noctambuleaba por los teatros, y no se fijaba en las mudas elocuencias de ternura palpitantes en los ojos, en las actitudes, en todos los actos

de Lupe. Empero, sus conversaciones con ella giraban ya en torno de temas menos científicos, y hubo noches secas, en que, al finalizar la cena, consintió consigo mismo en dedicar una hora a charla sencilla y a las inocentes distracciones de aquella futura "mujer antigua"

El final de Agosto se aproximaba. En mitad de cuadra, de una de las calles de la Reforma, se encontró una casita apropiada. Empezaron a efectuarse las modificaciones necesarias, para la instalación del café. Compráronse los muebles. Quedaría precioso, con dos grandes vidrieras exteriores, depósitos de dulces finos; el mostrador reluciente, en cuyo extremo estaba el sitio de Lupe, con la coronación de barrotes gráciles y la ventanilla accesible al público; las mesitas de madera jaspeada, las sillas de metal liviano. Se consiguió a dos camareras: dos vascas, sanas, alegres, de veinte a veinticinco años, y a un cocinero, para los rápidos Lunchs. En el interior, interior el matrimonio ocuparía dos cuartos, uno para Lupe. Pablo y su mamá los otros dos, separados de aquéllos por la sala. Detrás, el patio con su jardincito. La niña, en la paz de su temperamento, experimentaba una dicha sin límites: presentía tantas novedades encantadoras e íntimas en aquel cercano porvenir! El muchacho nada supo. Se le quería dar esa sorpresa, en premio del brillante éxito de sus exámenes. Y en adelante, sus estudios iban a seguir otra dirección menos fatigosa: el conocimiento de idiomas. La madre prefería esto, utilizable en todos los ramos del comercio, a un diploma de doctor, por lo general de completa ineficacia práctica. El viejo irlandés la apoyaba.

III

Un día -treinta de Agosto- con un paquete de diarios aún no vendidos, Pablo, a la una y media, se dirigió desde el Zócalo, por las calles De Plateros, a la Alameda. Caminaba despacio, meditabundo, bajo un cielo todo obstruido por un cerrazón color de ceniza, pegado a los techos de los edificios altos. Sugería el recuerdo de las cubiertas de lona en los circos ambulantes, vistas al través de los humos de las gasolinas. En el ambiente húmedo, las ráfagas zumbaban, con violencias agresivas. El vaivén humano efectuábase aprisa. Los remolinos del viento alzaban, escudriñadores, ruedos de mujeres, arrebatada-

ban. sombreros; infundían en los caballos de los coches inquietudes apremiantes; mezclábanse a los jadeos de los automóviles fugaces. Pablo, sumergido en hondas contrariedades, no se dignaba a observar aquellos trastornos. La víspera, después de la cena, se le ocurrió llevar a Lupe a una de las sesiones del Principal. Ambos se vistieron con esmero. Ella quedó deliciosa, con su vestido pálidamente azul, un lindo adorno sobre su cabeza rubia; los botinas de charol, velando la cortedad de la falda. Su contento traslucíase en esa sonrisa suya, franca y dulce, revoloteante en los labios como un rayo de luna dentro de una flor roja.

Andaban muy juntos, por las mismas calles de Plateros, en la calma de la noche. Al cruzar la Alameda, un hombre del pueblo manifestó su entusiasmo por la niña con un elogio místico; junto a la iglesia de San Francisco, un jovencito elegante dijo una galantería demasiado viva. Nada oyó Lupe, absorta en esa dicha, tantas veces deseada, de pasear con él. Pero a Pablo aquellas frases le sacudieron; lo incomodaron, sin explicarse la causa. Contempló a hurtadillas a su acompañante, cual si la viese por primera vez. Sí, primorosa! El talle esbelto trazaba una onda discreta en la cadera, bajo el relieve armonioso del pecho. Un busto irreprochable: él ya conocía la técnica escultura de Grecia; los ritmos de las líneas, el concierto de los contornos; la gracia del gesto y del movimiento. Y todo eso se le revelaba en Lupe. Además, una mixtura sutil, compuesta por indicación suya, con los varios pomos que le regaló en los cumple-años, lo envolvía en sugerencias titánicas.

En la función estuvo nervioso, irritable. A la locuacidad tierna de su amiga, contestaba con laconismo monosilábico. En un palco inmediato, destacábase su profesor de psicología experimental, enco-gido, como abrumado, por los faustos del atavío de la esposa. El discípulo vió a la pareja, con cerebro embotado, inapto a toda rememoración sobre el feminismo. El encanto de Lupe, naciente esa noche, como una transfiguración de la belleza, en el alma de él, excluía todo otro pensamiento, y más que un gozo era algo punzante para su inexperta adolescencia. El instinto de la niña, ya púber, adivinaba, comprendía aquel cambio brusco de su compañero; y su ser moral inundábase de beatitudes, de placideces seráficas. Pablo, su novio, según la decisión de los padres y el anhelo de ella, del cual - por su misma sencillez y su ignorancia- confusa, pero intensamente, tanto

admiraba las brillanteces del talento, las energías del carácter, la quería de veras, estaba celoso! De quién? No oyó en su placer exclusivista, los requiebros callejeros; aquellos celos la intrigaban; llenándola de delicias. Y la sonrisa, el fulgor lunar convertido en condensaciones de nácar, jugueteaba de continuo entre el arco puro de sus labios. Regresaron en silencio. Para él hubo sueño intranquilo, con su despertar en la mañana siguiente, cargado de enervamiento y de perezas mentales. Al salir la oyó cantar dentro del cuarto, y le disgustó aquella alegría que brotaba, para alcanzarlo y seguirlo, por las ventanas abiertas. Esa Lupe no era formal. Por qué estaba tan contenta? Embargado por estas y otras reflexiones, Pablo se dirigió a la Alameda, entre el chasquido de las ráfagas, abajo, y la nublazón arriba. Unas gotas de lluvia, gruesas, constelaron la calle haciéndolo apresurar el paso. Ella llevaba siempre paraguas. Comenzaba a amarla, y esto no le agradaba. Enamorarse! , para que su amiga, coqueta como lo son todas las mujeres -y más en su estado primitivo - por la ley de la inferioridad psíquica, se le riera en la cara! El profesor, también de los cursos superiores, reconfortó ese día con otro terrible discurso, donde resaltaron todas las deficiencias de la educación femenina, cuando no es igual a la del hombre, en las esferas intelectuales. Pero el convencido alumno no se daba cuenta de que, desdeñoso antes, crefase ahora desdeñado posible. Una mutación radical. La suave virgen triunfaba así de los axiomas escolares.

El parque todo vibraba al entrar en él Pablo. Bajo el oleaje de las rachas, la arboleda era cual un gigantesco órgano, tocado por manos delirantes. Escalas vertiginosas, de sonidos potentes; notas sueltas, como clamores aritméticos, convulsionaban el aire. Y los ecos tenían repercusiones largas. Con intervalos de mutismo, el crescendo iniciábase en fugas de medios tonos agudos. Le sucedían graves acordes, donde a veces percibíanse toques cantantes de clarines. Después, en una monstruosa desafinación, se confundían todos los ruidos, y saltaban de la espesura gritos orgiásticos, ayes y hosannas, trenos y salmos, repique de aplausos, redobles marciales, carcajadas y súplicas. En seguida, nuevos silencios, entrecortados por suspiros de un dolor al parecer imponderable. Otra invasión de ráfagas, y el estruendo recrudecía, entre los tumbos de las ramas y el estremecimiento de los troncos. Sobre aquellas agitaciones, gravitaba, inmóvil, obscuro, el cielo. La lluvia se acentuó. Menudos hilos de cristal

rayaban la opacidad polvorienta del ambiente. Y entre los aletazos del viento y las humedades pluviosas, llegó Pablo hasta el sitio donde lo esperaba Lupe, recostada en el tronco de un árbol frondoso, sonriendo, con el traje de la noche reciente, descubierta la hermosa cabeza rubia. Todo esto lo notó él desde la primera mirada, y, sin saber por qué, sus preocupaciones molestas se disiparon. Hubo en su cerebro el presagio de una aurora.

Ambos estaban, además, habituados a esas tempestades efímeras, anunciadoras del otoño; y prestaron poca importancia a las turbulencias del parque. Sin embargo, la lluvia arreciaba. Notó él asimismo - sus ojos eran una constante luz inquieta - que el paño puesto por Lupe sobre la caja de dulces no los preservaba bien del agua, y con sus diarios fabricó una doble cubierta impermeable. Luego, en otro girar de las pupilas:

- Y el Kiosco? -preguntó.

-Lo quitaron hace poco. . . . Se ha ido primero. . .

-Se ha ido primero? interrogó Pablo, sin comprender

-Sí, porque desde mañana no vengo, no venimos más aquí. . . . Hay muchas novedades. . . Si supieras! Esta noche te las dirán en casa. . . .

Habíanse juntado bajo el paraguas y la sentía estrecharse, toda, contra él. El perfume de ella lo circuía dentro de una atmósfera exquisita. Y en esa atmósfera, su forma virginal derramaba tibiezas tan benéficas, tan abrigadoras, que le infundían la sensación de cosas tangibles. Era como si un gran manto de plumones de cisnes, impregnado de aroma, lo cobijara en la dulcedumbre de su calor. Lupe lo miraba con sus pupilas claras, de limpidez celeste, serenamente acariciantes. Allí dormían todas las castidades de su cuerpo y radiaban todas las ternuras del alma. La lluvia crecía siempre: un turbio cortinaje de vidrio, tendido en torno de ellos. Y traspasándolo, acudían, en locos giros sonoros, las crepitaciones de las hojas, el tableteo de las ramas, los crujidos de los troncos, las discordancias fusionadas de aquel bosque, asaltados por las mareas tumultuosas del viento. Los dos adolescentes se estrechaban más. La sonrisa

de ella, roja y blanca, henchida por él de infinitos goces, hasta ese instante ignotos; su sonrisa, poblada a un tiempo de candores y de abandonos de voluntad, como si fuera el reflector de los ojos, castamente adoradores, recorría con su brillo el rostro de Pablo, fijando en aquellos otros labios una obsesión despótica. Pero las tímideces de la edad vencían, dominaban la carne impulsiva, paralizando la audacia de la idea.

En la soledad tormentosa del sitio, continuaban unidos. Hubo un rato grande de silencio. Muy pálido, Pablo no podía evitar la ligera tremulación de su hombro, de su flanco, en los que descansaban, elásticos, los contornos de Lupe. El perfume, el contacto cálido de su cuerpo, producíanle una especie de mareo. Sus pensamientos se borraban: llenábalos la sola imagen, plástica y viva, de ella. . . la mirada, la sonrisa. Sufría. El instinto femenino de la niña adivinó la tortura de su compañero, y, por manera confusa, la causa. Por unos segundos, el corazón aceleró su compás; sus mejillas ofrecieron un rosa más intenso. Luego reflexionó. Creía, talvez que no la amaba; no sabía que eran novios; lo ignoraba todo! Se lo diría. Acaso iba a dejarlo sufrir así? La misma madre de él, al verlo salir esa mañana contrariado, la autorizó para que le contara todo: sin duda lo alegraría. Era Pablo tan impresionable! Recordaba la frase del médico, en una consulta materna, la pasada semana: hiperestesia, por el excesivo desarrollo cerebral, y la tensión afanosa del estudio. Lupe desconocía el significado del diagnóstico; pero sí sospechó en eso una enfermedad, ocasionadora en el carácter de irritaciones, de padecimientos internos. Ahora los tenía por ella; era preciso curárselos. Y su espíritu dulce, abnegado, buscaba un pretexto para demostrarle su cariño, para tomarlo gozoso.

-Me quieres mucho? -le preguntó en voz baja, como una madre al hijo doliente.

-Mucho.mucho.

Y no acertó a decir más. Tan sólo sus ojos la veían como un martirio de sed, que le quemaba los labios, dándole una respiración de fuego. Ella le tomó la mano. Ardía, dentro de la suya sedeña y tibia. Y con un gesto rebozante de confianza de convencimiento en

lo benéfico del acto, poniendo en ello la serenidad de su mirada, la placidez de su sonrisa, llevó aquella mano al lado opuesto de su talle; hizo que el brazo, estremecido, lo ciñera, presionándola. Luego con el mismo gesto, posó en el hombro de él la cabeza. Y le susurró, entre seria y risueña:

-Tonto, si te quiero tanto! Si en casa desean que seamos novios!

En las dudas tenaces del muchacho, en su ansia, imperiosa por lo comprimida, en su temor del ridículo por el rechazo, se produjo una calma repentina, como si tenues rocíos le humedecieran el alma. Ella. . . su novia! Su inteligencia prematura le permitió abarcar el infinito de ese amor que le entregaba con la doblidad de las resoluciones inquebrantables. Era él, así lo comprendió, quién poseía la fuerza reguladora de aquel sentimiento sumiso, de aquella voluntad generosa, cuyo fervor, en las horas supremas, en el anhelo del bien, pasaría siempre por sobre las vallas de las falsas conveniencias y los artificiales pudores. Nació en su conciencia el deber varonil de la protección; de aceptar, como donativo sagrado, el abandono íntegro de la angélica virgen, a la cual las bondades del espíritu la envolvían en inciensos místicos. Su brazo se hizo casto, leve, sobre el talle flexible: ambicionó sobre su hombro perfumes y sedas para el reposo de la cabeza amorosa. Cual de las costumbres pasaba de un extremo a otro, por sus aficiones sensoriales. Y la tendencia a los vuelos de la mente, le apaciguaron su voluptuosidad, minutos antes indómitos. En su interior operábase una palingenesia de idealismo, un brote de pensamientos nobles. Y conductores convergentes de su aún no ordenadas aspiraciones, videncias súbitas, avances psíquicos de edad, surgieron en él, creando reciprocidades afectivas con la amada, perfectas analogías inmaterializadoras. Así, como en cumplimiento de un secreto, divino designio, fundíanse en un todo armónico las virtudes esenciales de sus naturalezas. Y con la sencillez de palabra, puesta por ella para tranquilizarlo, la dijo, hundiendo su mirada, radiosamente húmeda, en las dos pupilas extáticas:

-Cuánto te amo, Lupe, mi novia, mujercita mía! . . .

Alzó ella la blonda cabeza, sin separarse del abrazo, y le contestó convencida:

—Vamos a ser muy felices . . . Oye te lo voy a contar todo . . .

La tormenta languidecía. La agresión impetuosa de las ráfagas debilitábase: una vasta caricia melódica reemplazaba al desconcierto volteante de la arboleda. La lluvia, con modificación rápida, fué una llovizna transparente, dilatadora de los horizontes. Caía el crepúsculo. En el tráfico reanudado, circulaban los tranways, luminosos. En varios puntos del cielo, fragmentóse la techumbre gris, apareciendo grandes espacios de azul. Sobre el ocaso, el sol -cual si tuviera ya la certidumbre de su inmutable matinal regreso- resplandecía, en toda la potencia de sus rayos. Un haz de ellos puso un fondo de gloria, cual el de los lienzos religiosos, a la pareja enamorada. Lupe hallaba, con la apacible cadencia de su voz musical.

La casita cerca de la Reforma; el café, las grandes vidrieras para la repostería: su escritorio enrejado inmediato al de Pablo; el lujo de los muebles; las camareras, el cocinero; los departamentos para las dos familias, distanciados por la sala, de todos; el pequeño jardín del patio. Los jueves en la tarde, los dos solos irían a los matinées teatrales; los domingos a Chapultepec. Allí, en el lago, él remaría, para que hiciera gimnasia. Indicación del papá de ella; queríanlo como a un hijo, y en los últimos meses manifestó preocupación por el visible desgaste nervioso del estudiante. Esa gimnasia, poco á poco equilibraría el organismo. De noche -qué buenas iban a ser las veladas al concluir el trabajo! -mientras se preparaba el café con leche y el chocolate, ella repasaría en el piano su lección de la mañana. En la escuela, desde hacía dos años, la enseñaban, y tocaba ya bastantes vales y masurkas y twosteps. Ahora instruiríanla en los compositores clásicos. Pablo era un devoto de todas las músicas: por él se afanaba en el aprendizaje. Qué contentos estarían siempre! La realización de un cuento de hadas! Y se reclinaba en su hombro con una confianza de esposa.

La oía él atónito, presa de nuevo de una emoción, ahora saludable, pero magnética. La oía como un sueño de esplendores. Sus ambiciones de triunfos intelectuales en los optimismos, ilusorios, de la adolescencia quedaron en su espíritu como el recuerdo de los conjuros de magia en las vistas cinematográficas; emergieron instantáneamente, mientras que ella enunció las primeras confidencias; y

se alejaron, palidieron, diafanizáronse, desapareciendo sin dejar rastro. La oía en su asombro arrobador, como en un transporte de todas las facultades pensadoras, sintiéndose invadir por una laxitud grata. Recogía el sentido, más que las palabras de la niña milagrosa; y ya no acertaba a emitir una sola frase, sobyugado por el arrullo de su acento, por la inflexión de la voz amante. El ritmo de esa voz le penetraba como la síntesis de las secretas concordancias de la pasión de ella, donde había tanto de alma, sufriente de sensibilidad las benevolencias sedativas de la suya. La noche cerníase ya, tutelar, en el cielo purificado de nubes, pasaba un pilluelo del barrio; Lupe se desprendió del brazo y mandó con el chico, a la casa, la caja de confituras. Poseído todavía por los prolongamientos de sus diversas impresiones Pablo la miró hacer, inmóvil contra el tronco del árbol. Ella se le juntó otra vez, con su mirada, con su sonrisa: en ambas brillaba la serenidad de los candores incolumes, y la ternura pronta a los sacrificios íntimos. Lo contempló unos instantes, como en la espera de un pedido. Pero la actitud de él era de quietismo tan hondo, que evocaba la de los fervientes ante el ícono sacro. Entonces la virgen enlazó su abrazo al otro, inerte. Y como quien satisface un capricho del enfermo idolatrado, con la fe del bien, acercó su rostro, en un movimiento púdico y franco . . .

. . .Hace un rato . . . querías besarme . . . Verdad Pablo? . .

Dijo, y refrescó aquella boca muda, reseca por la pasada fiebre, en el bálsamo de sus labios. Y después del beso, sosteniéndose en él brazo de ella, cual un convalesciente, con lentitudes dulces cruzaron la avenida, rumbo al hogar, al cariño del amor

Nuevos Ritos, No.21 y 22, diciembre 1 de 1907.